

CLAIRE M. ANDREWS

A woman with long, light-colored hair is shown from the back, wearing a red tunic. She is holding a spear in her right hand. The background is dark and smoky, with many small, glowing orange sparks or embers floating around. The title 'HIJA DE ESPARTA' is overlaid in large, yellow, sans-serif capital letters.

HIJA
DE
ESPARTA

FANDOM BOOKS

HIJA
DE
ESPARTA

Título original: *Daughter of Sparta*

Publicado por primera vez por JIMMY Patterson Books /
Little, Brown and Company, Hachette Book Group, 2021

1.ª edición: octubre de 2021

© Del texto: Claire M. Andrews, 2021
© De la cubierta: Hachette Book Group, Inc, 2021
© De las fotografías: Mujer vestida de griega antigua © David Paire / Arcángel
Imágenes; Chica mirando el mar © iStock / Getty Images;
Chispas y humo © Shutterstock
© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2021
© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2021
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.fandombooks.es

Publicado por acuerdo con Dystel, Goderich & Bourret
a través de International Editors' Co.

Asesora editorial: Karol Conti García

Diseño de cubierta: Amanda Hudson, Faceout Studio

ISBN: 978-84-18027-18-5
Depósito legal: M-20634-2021
Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

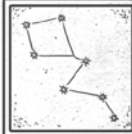
CLAIRE M. ANDREWS

HIJA
DE
ESPARTA

Traducción de Jaime Valero

FANDOM BOOKS

*Para mi madre,
que crio a las hijas más fuertes*



MAR JÓNICO

MONTE OLIMPO

TESALIA

MAR DE



ORÁCULO DE DELFOS

DELFO

TEBAS

MONTAÑAS DEL CITERÓN

TEMPLO DE DEMÉTER

BOSQUE FOLOI

ELEUSIS

ATENAS

TEMPLO DE HERA

ARGOS

EGINA

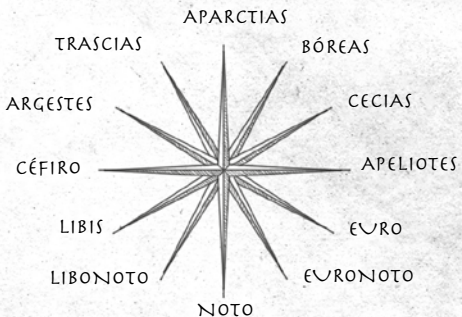
CORDILLERA DEL MONTE TAIGEO

RIO EURÓIAS

OMICENAS



ESPARTA



MAR DE CRETA





TRACIA

○ TROYA

MONTE KAZBEK



TEMISCIRA

ENTRADA AL INFRAMUNDO

ASIA MENOR

MAR EGEO

CÍCLADAS

MESOGEIOS

CRETA

HERACLIÓN

ASIRIA

CNOSOS

MONTE IDA





CAPÍTULO 1

El sol emprende su descenso por detrás del monte Taigeto, bañando el cielo con un fulgor dorado mientras el honor de mi familia recae sobre mis hombros.

El desafío de Lykou resuena en el ambiente. Los vítores típicos de las Carneas se han convertido en meros susurros, mientras la multitud que nos rodea aguarda mi respuesta.

Lykou sonrío de medio lado y acepta la *dory*, una demoledora vara de tres metros de longitud confeccionada con madera y metal que le entrega el paidónomo Leónidas. Su desafío no esconde malicia, es más bien una prueba. Siempre hemos bromeado con la idea de quién ganaría en un combate cuerpo a cuerpo.

Alkaios se encuentra entre el gentío. Mi hermano mayor me dirige un ademán con la cabeza, mientras mantiene los labios fruncidos. El combate dejará entrever que sé muchas más cosas de las que debería. Como motaz que soy —una persona no nacida en Esparta—, no debería aspirar a mucho más que a una vida de servidumbre, pero, como hija adoptiva de un éforo, tengo más libertad. Aunque tampoco demasiada.

Sin embargo, mi ego me impide rechazar el desafío de Lykou.

—Necios —murmuro al ver que mi hermano y Lykou, al igual que los demás hombres presentes, subestiman mi determinación. Subestiman mi deseo de vencer.

Estamos celebrando las Carneas, así que no hay mejor momento para demostrar mi valía ante Esparta y ante los dioses.

Varios sirvientes avanzan de pira en pira alrededor del ruedo improvisado que nos separa con unas antorchas llameantes. Hace un calor sofocante propio del comienzo del verano, así que estoy empapada en sudor, mi piel despide reflejos ambarinos bajo la creciente luz de las llamas. Acepto la *dory* que me entrega el paidónomo Leónidas, el gran general, y la hago girar; me deleito al notar su peso en el brazo. Un gesto furioso cruza el rostro sombrío de Alkaios.

Lykou no me da ocasión de ser la primera en atacar. Cruza el ruedo y descarga un golpe con su *dory*. Bastará un golpe de refilón para poner fin al duelo y nombrar al vencedor. Echo a rodar por el suelo y lo esquivo por poco el impacto del hombro sobre la tierra me deja sin aire en los pulmones. Pero, antes de que pueda atacar de nuevo, ejecuto un barrido para intentar derribarlo.

Lykou esquivo el ataque. Me incorporo. Él me apunta al pecho con la *dory*, pero me aparto fuera de su alcance. Yerro el siguiente golpe y a Lykou se le escapa una risita.

Contengo un bufido y reprimo una mueca. Me tiemblan un poco las piernas, tengo los músculos doloridos a causa de los ejercicios matinales. Le lanzo una mirada fulminante por detrás de mi cabello indomable. No pierdo tiempo en enjugarme el sudor que amenaza con meterse en mis ojos, no le doy la espalda a mi oponente en ningún momento.

Lykou se cambia la *dory* de mano, a la izquierda, y descarga un golpe dirigido hacia el espacio entre mi brazo y mi cadera. Lo esquivo por poco, y mi cuerpo se resiente cuando echo a rodar sobre la tierra y las rocas; después, vuelvo a situarme en posición de ataque. La afilada punta de hierro suelta un destello cuando Lykou descarga un golpe en el lugar donde me encontraba hace un instante.

Será chulo. El muy imbécil es diestro.

Sin quitarle los ojos de encima, yo también me paso la *dory* a la mano izquierda, repleta de callos. Reprimo una mueca cuan-

do siento una punzada de dolor en el brazo izquierdo producida por ese sencillo movimiento. Me duele el hombro, me está saliendo un moratón del tamaño de una granada. Lykou se mueve a mi alrededor, renqueando ligeramente con la pierna derecha, pues tiene la rodilla inflamada tras rodar por el suelo para esquivar mi golpe.

A nuestro alrededor, los vítores se vuelven ensordecedores y el hedor penetrante del humo me provoca un escozor en la nariz. Los soldados amigos de Lykou aúllan desde los laterales, pegan unos pisotones en el suelo que levantan nubes de polvo. Incluso el rey Menelao contempla la escena desde un estrado, sumido en un silencio adusto, mientras su bella esposa, la reina Helena, se inclina hacia delante con las manos apoyadas sobre el corazón.

Las Carneas, la festividad anual para honrar y celebrar las dádivas de Apolo, acaban de comenzar. Lykou y yo somos el primer entretenimiento de la noche. Bailes, comida y festejos aguardan al otro lado del ruedo, pero ahora mismo nadie piensa en eso.

Hacía mucho tiempo que no se producía una contienda entre un hombre y una mujer, y jamás se había visto una entre una motaz y un espartano de pura cepa.

Me siento desnuda delante de la enfervorecida multitud, cuyas burlas atraviesan mis ropajes con más facilidad que si fueran cuchillos. Aunque muchos espartanos —hombres y mujeres por igual— combaten desnudos, yo llevo puesto un quitón de color amapola, anudado alrededor del pecho y tan corto que revolotea sobre mis muslos. En la muñeca izquierda llevo un brazalete de bronce que reluce bajo la luz de las llamas. El brazalete tiene una inscripción: «DIODORO», el apellido de mi familia adoptiva, el único símbolo de estatus que me permito ostentar. Cualquier otro abalorio solo serviría para ralentizarme.

Lykou sigue sonriendo. Lleva puesto un quitón de color negro que deja al descubierto buena parte de su pecho musculado, y la tela se aferra a su piel a causa del sudor. Estoy deseando borrarle esa ridícula sonrisa de la cara. Bloqueo su siguiente ataque,

giro sobre mí misma y descargo un golpe alto con la lanza que le obliga a agacharse para esquivarlo. Los gritos entusiastas del público resuenan a mi alrededor, resultan ensordecedores.

Me concentro en el movimiento de sus musculosas piernas. Con una mueca forzada de dolor, inclino ligeramente el hombro magullado, ofreciendo un blanco fácil. Lykou muerde el anzuelo y se abalanza sobre mí, apuntando hacia mi maltrecho hombro.

Qué idiota.

Cuando salta sobre mí, giro el cuerpo hacia él. Lykou pega un grito y trata de corregir su trayectoria, pero, antes de que pueda hacerlo, le rozo el costado con la *dory* y desgarró la escasa tela de su quitón, un golpe que me da la victoria.

Los hombres y mujeres del público sueltan un quejido. Lykou arroja la *dory* al suelo entre una nube de polvo. La derrota ha modificado sus ademanes, de normal tan seguros. Sin embargo, no me atrevo a alargar un brazo para darle una palmada en la espalda o aplacar su enojo por la derrota. Alkaios ha desaparecido y seguramente me llevaré una reprimenda más tarde. Encaramado aún al estrado de madera, Menelao me lanza una mirada torva y severa antes de hacerles una señal a sus consejeros. No sé qué significará ese ademán con la cabeza, pero me basta con saber que mi *anax*, mi soberano, ha presenciado mi victoria.

El entusiasmo inicial por mi victoria se viene abajo, el desprecio y las malas miradas del público aumentan. Me niego a permitir que me afecte su animadversión; en una sociedad donde la fortaleza lo es todo, no puedo permitir que me vean como alguien inferior a los hombres junto a los que lucho o a los que me enfrento. Haber nacido motaz, forastera, solo es un arma que pueden usar en mi contra si yo se lo permito.

Con la cabeza alta, arrojo la *dory* al suelo, junto a la lanza de Lykou, y me dirijo hacia la banda.

El paidónomo Leónidas me agarra del brazo. Señala hacia los reyes, que aguardan expectantes.

—No olvides cuál es tu sitio, motaz.

No necesita añadir nada más: ya sé que hasta la hija adoptiva de un político tiene un límite en sus aspiraciones. Con los dientes apretados, me doy la vuelta y me arrodillo ante Menelao. Me arden las mejillas, pero no por el esfuerzo del duelo. Leónidas no ha insistido para que Lykou se postrara.

Leónidas me aborda de nuevo cuando me marcho:

—Buen trabajo, Dafne Diodoro. Tus hermanos podrían aprender un par de cosas de ti. —Eso es un gran halago viniendo de un paidónomo, aunque lo matiza al añadir lo siguiente—: Tus movimientos son imprudentes, impulsivos. No solo debes aprender a interpretar los movimientos de los demás, sino también los tuyos.

Abro la boca para recalcar que podría decirse lo mismo de Lykou, pero Leónidas me interrumpe:

—Antes de que te molestes en mencionar a Lykou, debes saber que ya les he dicho lo mismo a él, a sus hermanos y a todos los soldados espartanos. —Leónidas cruza sus musculosos brazos—. Te digo esto para prepararte. Nadie ha desafiado a Esparta durante más de cien años porque nuestros monarcas han pacificado la región. Hemos conservado nuestra hegemonía gracias al poderío de nuestro ejército, el más fuerte que Grecia haya conocido.

Eso lo sabe todo el mundo. Ningún ejército de la historia conocida ha superado nunca el poder, la fortaleza y la capacidad estratégica que posee Esparta. Solo monarcas necios con más riquezas que sabiduría nos han desafiado en el último par de siglos, y todos regresaron a sus míseros tronos con el rabo entre las piernas y apenas una fracción de su ejército en pie... Eso si nuestros reyes se sentían benevolentes.

—Temo que el tiempo de las batallas fáciles haya terminado. —Leónidas se da la vuelta para ver el siguiente combate. El hermano de la reina, Pólux, le está dando una tunda a uno de los amigos de Lykou. Son espartanos de pura cepa, la familia de la reina Helena es célebre por su fortaleza—. La sequía ha afectado a nuestro pueblo. Los reyes de Grecia están inquietos, su gente

pasa hambre, y los dioses están aburridos. Se acerca la hora de la verdad.

Siento un hormigueo en las palmas de las manos. Antes de que pueda preguntar a qué se refiere, me da una palmada en la espalda y se dirige hacia el estrado del rey. Me abro paso entre la multitud, el entusiasmo que flota en el ambiente es lo bastante embriagador como para empujar las palabras de Leónidas hacia el fondo de mi mente. No dejaré que la paranoia de un anciano me arruine la victoria, no cuando la noche todavía es joven y rebosa de todas las posibilidades que las Carneas pueden ofrecer.

Apenas he tenido tiempo de alejarme cuando oigo que Lykou me llama.

Se abre paso hacia mí. A pesar de su derrota, se siente orgulloso de mi victoria y se dirige hacia mí con una sonrisa radiante. Cuanto más se acerca, más percibo con azoramiento las muchas, muchísimas razones por las que Lykou alborota la mayoría de los corazones en Esparta.

—Tu quitón ha conocido tiempos mejores. —Le devuelvo la sonrisa, roja como un tomate, y señalo hacia su atuendo desgarrado mientras intento no detener la mirada sobre sus robustos pectorales—. ¿O es que pretendes iniciar una nueva moda?

—Una mujer hermosa intentó arrancármelo, no pudo contenerse —replica Lykou, haciendo una reverencia burlona.

—Ya. —Me pongo a jugar con el bajo de mi quitón, no puedo dejar las manos quietas—. Imagino que debió de sentirse sumamente provocada.

Lykou se echa a reír.

—Siempre que consideres que desafiarte a un duelo es una provocación.

—Alkaios me echará la bronca por eso, estoy segura. —Niego con la cabeza.

—Esta noche has demostrado por qué el ejército espartano necesita mujeres como tú. —Lykou se frota la nuca—. Aunque haya sido a costa de mi dignidad.

—Pues claro que las necesita, pero el paidónomo no lo permitirá. Una mujer puede aprender a empuñar un arma, pero que los dioses la libren de hacerlo en el campo de batalla.

—Sea como sea, lo has hecho genial. —Lykou me aparta un mechón de cabello de la cara, provocándome un cosquilleo traicionero en la barriga.

Sigo con la mirada el contorno de su bíceps y se me seca la boca de repente. Quizá podría deleitarme con los suaves labios de Lykou, comprobar qué se siente al deslizar los dedos por esos rizos oscuros... Meneo la cabeza con fuerza para ahuyentar esos pensamientos tan inoportunos. No pienso atarme a ningún hombre. No mientras el apelativo de «motaz» siga pendiendo sobre mi cabeza.

Abro la boca para añadir algo más, pero uno de los amigos de Lykou se acerca y le tira del brazo.

—Es hora de prepararse para la carrera.

Las Carneas alcanzan su culmen con un agón. Cinco hombres solteros son elegidos por los cinco éforos de Esparta para perseguir a un venado. Si lo apresan, será un año excelente para el ejército y las cosechas. Y, si no..., se avecina el desastre. Más vale que el venado sea capturado. Este año es especialmente importante tener éxito y ganarse el favor de Apolo, ya que Helena y Menelao partirán pronto para reunirse con el rey loco de Creta.

Además, gracias a nuestro padre, este año mi hermano Pirro tiene el honor de haber sido seleccionado para el agón.

Lykou se despide de mí con una sonrisa e inclina la cabeza de tal modo que sus rizos de azabache quedan pendiendo sobre sus ojos.

—¿Vendrás a verme cuando me coronen?

Estoy a punto de decirle que no, como me pasa siempre que Lykou cruza esa línea. Sin embargo, me contengo al ver sus ojos oscuros y ávidos, cálidos como ascuas de carbón. No seré tan brusca en mi respuesta, pero solo por esta vez.

—Pues claro que estaré allí cuando ganes. —Lykou esboza una sonrisa tan radiante como la mismísima luna—. Pero no se

lo digas a mi hermano, o renegará de mí por no haber apostado por su victoria.

Sonriendo, Lykou se marcha con su amigo y yo me doy la vuelta para ir en busca de mi hermano.

No me cuesta encontrarlo. Los rizos pelirrojos de Pirro resaltan como un faro entre los cabellos corvinos de los espartanos. Esquivo codos y copas de vino rebosantes para llegar hasta él. Me acerco por detrás sin hacer ruido y le tiro de los pelillos de la nuca.

—¿Listo para la carrera, Pir?

—Pues claro. —Mi hermano se gira y esboza una sonrisa contagiosa—. Piensa en el honor y el prestigio que recibirá nuestra familia tras mi victoria. No volverán a burlarse de nosotros.

—No te anticipes tanto. Los dioses no...

—... No ven con buenos ojos a los mortales que presumen de ser mejores que ellos. —Pirro hace una imitación perfecta de Alkaios, erguido como un palo y con la cabeza bien alta, para burlarse de nuestro puntilloso hermano mayor.

—Ten cuidado —replico, arrebatándole un sorbo de vino—. Una impertinencia más y los dioses pensarán que no te lo tomas en serio.

—Al cuerno los dioses, Daf. —Me atraganto con el vino y él vuelve a coger la copa—. ¿Por qué debemos venerar a esos dioses que nos trajeron a este lugar desolado?

Vuelvo a quitarle el vino y le espeto entre dientes:

—¿Estás loco? —Miro en derredor para comprobar que no haya nadie, pero la gente está tan entretenida con la fiesta y el vino que ni siquiera nos miran—. El *anax* podría arrancarte la lengua por ese sacrilegio. Alkaios te cortaría la cabeza.

—Alkaios detesta a los dioses tanto como yo. —Pirro ladea la cabeza, su sonrisa acentúa el hoyuelo que tiene en la mejilla izquierda—. Y tú también. ¿O es que tu constante búsqueda de aceptación te ha hecho olvidar que los dioses son los culpables de nuestro estatus social?

Pirro y Alkaios perdieron mucho más que yo la noche que nació. Yo no conocí a nuestros padres. Mis hermanos perdieron a un padre y una madre a los que querían y admiraban, y fueron traídos a Esparta, lejos del hogar en el que se criaron.

Me abstengo de decirle que ha dado en el clavo con sus palabras. En vez de eso, me cruzo de brazos y le digo:

—Si esta es tu forma de intentar escaquearte de la caza, yo...

—No le temo a nada. —Pirro aletea las cejas—. Además, Alkaios abatiría a ese venado si no me creyera capaz de hacerlo. Ya sabes lo que dice: el honor antes que la familia.

—No seas injusto. —Le pego un golpe en el brazo—. Alkaios no está aquí para defenderse.

—Tiene buena intención, aunque preferiría que no soltara tantos sermones. A veces cuesta distinguir si Alkaios está entrenando para ser un soldado o un sacerdote. En fin, voy a buscar más vino.

Pirro me da un beso en la mejilla y me guiña un ojo mientras desaparece entre la multitud. Mi ánimo decae en cuanto nos separamos.

Me abro paso entre el gentío y diviso a mi criada Ligeia, a Alkaios y su esposa y a mis padres adoptivos alternando con los exultantes espartanos. Me alejo en dirección contraria para huir de sus reproches y regañinas. Alkaios sin duda les habrá hablado de mi duelo ante los reyes.

Tras despojarme de los grilletes de la dignidad y el decoro que exigen tanto Esparta como el honor de mi familia, me mezclo con los juerguistas. Bailo durante horas, girando y agachándome al ritmo de un millar de tambores. Cuando me siento a descansar, chupeteando la grasa del cordero asado que se me ha quedado en los dedos, resuena un cuerno que convoca al pueblo de Esparta para el comienzo del agón. Con la luna de Sele en cuarto creciente, la multitud emerge de las hileras de tiendas de campaña hacia los campos oscuros que se extienden fuera de la ciudad. Los espartanos llevan un año esperando este evento,

la tradición más importante de Esparta, y nunca había sido tan relevante como ahora.

El rey Menelao y la reina Helena aguardan pacientemente junto a la orilla del río Eurotas, iluminado por la luz de una enorme hoguera que desprende chispas y un olor a pino quemado hacia el cielo nocturno. Avanzo entre la impaciente multitud, miles de espartanos aguardan en los límites de la ciudad a que nuestro rey dé la orden de empezar. Se me acelera el corazón y me da vueltas la cabeza a causa de la expectación.

Cuatro jóvenes *hómoioi* avanzan por el terreno y se inclinan con respeto ante Menelao. La luz de la hoguera reluce sobre sus cuerpos desnudos y depilados.

Siento un nudo en el estómago al no ver los rizos pelirrojos de mi hermano por ninguna parte.

¿Dónde está Pirro?



CAPÍTULO 2

Mientras busco a Pirro entre la multitud, diviso a Alkaios a varios metros de distancia. Tiene el ceño fruncido y los puños y los dientes apretados.

La ausencia de Pirro supone una deshonra para nuestra familia. Si no participa en la carrera, dejarán nuestras vidas a disposición de los dioses como mensaje y advertencia para los que vengan después.

El corazón me palpita en el pecho y me retumba en los oídos con más fuerza que los tambores del festival. Se me entrecorta el aliento al percibir el creciente nerviosismo de la multitud, que dirige una mirada impaciente e inquisitiva desde la fila de corredores hacia Alkaios y yo. No tardarán en pedir nuestras cabezas. Esto es exactamente lo que esperan de los motaces como mis hermanos y yo. Nuestro padre asumió un riesgo al elegir a Pirro, y ahora mi hermano está a punto de echar por tierra el honor de nuestra familia.

Miro a Alkaios con desesperación, pero él se limita a asentir con la cabeza, con una mirada indescifrable desde tan lejos. Si Pirro no corre, tendrá que hacerlo otro joven de nuestra familia. Pero Alkaios está casado y supera con creces la edad requerida.

El peso del futuro de Esparta recae enteramente sobre mis hombros.

Maldito Pirro. Así lo encuentre Némesis y haga que se marchiten sus partes nobles.

Me yergo y doy un paso al frente.

—Las mujeres no pueden correr —grita alguien.

—¡Esto pasa por elegir a un motaz! —añade otro.

—Los dioses nos castigarán por esta blasfemia —grita una mujer—. Será una deshonra para Esparta. Detenedla.

—¡Motaz! ¡Motaz! ¡Motaz!

Forastera. Forastera. Forastera.

Esta gente siempre me verá de este modo. Aunque sea libre, mi valía como motaz apenas supera a la de un esclavo. Mis hermanos y yo solo podemos aspirar a la prosperidad que pueda granjearnos el matrimonio. Mis hermanos no podrán aspirar a más que a servir en el ejército, a pesar de ser los hijos adoptivos de un éforo. La participación de Pirro en esta carrera podría haber cambiado eso, podría haberle librado del funesto título que pende sobre nuestras cabezas.

Niego con la cabeza, contengo las lágrimas que amenazan con escapar de mis ojos. Me parte el alma saber que nuestros padres adoptivos están presentes entre esta ruidosa multitud, viendo con impotencia cómo el futuro de nuestra familia depende de los hilos de las Moiras y de la indulgencia del *anax*.

El griterío remite cuando me aproximo a la fila de corredores, donde les dirijo una reverencia a los reyes. Ellos no dicen nada, se limitan a asentir con la cabeza con expresión adusta. No se tiene constancia de que alguna mujer haya participado en la carrera, pero los reyes harán lo que sea con tal de asegurar el futuro de Esparta.

Los demás corredores solo tienen ojos para los monarcas. Incluso Lykou, que se encuentra a mi izquierda, me ignora, mantiene la cabeza alta y la mirada fija sobre Menelao. El otro hermano de la reina, Cástor, se encuentra a mi derecha, tieso como un palo, y a su lado se encuentran dos hijos de los políticos más reputados de Esparta. Se tambalean con la mirada perdida, por haberse excedido con el vino durante el festival. ¿Dioniso

se sentirá orgulloso de esta inoportuna ingesta de su brebaje favorito?

Arrodillada, miro al rey tras el parapeto de mi pelo, pero en su lugar me topo con los ojos oscuros de Helena. Ella me mira con orgullo y con algo más difícil de interpretar. ¿Envidia, tal vez? No sé por qué. Ella es más hermosa, rica y poderosa de lo que yo jamás llegaré a ser.

Pero entonces me acuerdo de Helena antes de que se casara con Menelao. La recuerdo corriendo por los campos era la espartana más veloz que he visto en mi vida, capaz de rivalizar con la mismísima Atalanta.

Agacho la mirada y dejo de pensar en la reina cuando la voz de Menelao resuena entre el clamor de los exaltados espartanos:

—Las reglas son sencillas. —Se pone en pie para que todos sus súbditos lo vean—. Estos cinco jóvenes se asegurarán la gratitud de Apolo al recuperar para Esparta una ofrenda de su hermana gemela, Artemisa.

Se acerca un sirviente que trae un venado. El animal forcejea con su captor, pues aún no se ha resignado a su destino. Alrededor del cuello lleva una guirnalda hecha con ramas de laurel salpicadas de flores. Se me forma un nudo en la garganta por la lástima que me produce el venado, cuyos ojos reflejan la luz de la hoguera.

—Debéis recuperar la guirnalda antes del amanecer. Si el venado escapa y la diosa Eos trae consigo la aurora antes de que la guirnalda regrese a mis manos, las cosechas de Esparta se perderán. El Eurotas se quedará seco. Los miembros de nuestro ejército serán pasto de la muerte y la enfermedad. La sequía de esta primavera ya ha puesto a prueba la fortaleza de Esparta. Que vuestra victoria atraiga las lluvias que tanto necesitan nuestros campos.

Menelao se gira hacia una joven oráculo, ataviada con un peplo rojo, con ojos oscuros como una noche sin estrellas. La joven da un paso al frente y dice en voz alta, para que toda Esparta lo escuche:

—Con esta carrera no solo pedimos el favor divino de Apolo, sino que también queremos entregarle nuestra fortaleza. Sin duda habréis oído hablar de la inquietud que se extiende más allá de Esparta. Reinos enteros desaparecidos de la faz de la tierra, ejércitos sin nada que llevarse a la boca salvo arena y bronce, y niños del Mesogeios sacrificados cada año a las bestias que acechan en las entrañas de las ciudades.

»Esos infortunios nos alcanzarán —prosigue, ondeando un brazo hacia el monte Taigeto y hacia las tierras que se extienden al otro lado—, igual que han alcanzado a los dioses en lo alto del Olimpo. Zeus ya no nos trae lluvias, así que nuestros cultivos languidecen. Hera cada vez nos bendice con menos hijos con los que renovar nuestros ejércitos. Los territorios occidentales tiemblan bajo la ira de Poseidón, y Atenea no ha bendecido nuestras empresas bélicas hacia oriente. Los dioses están perdiendo sus poderes y pronto sufriremos las consecuencias.

Imposible. Un murmullo se extiende entre la multitud. Los dioses son intocables, están por encima de nuestras desventuras. No se tiene ni se ha tenido constancia de que exista algo capaz de perturbarlos.

—Levantaos, elegidos de Apolo —ordena al rey, alzando los brazos.

Obedecemos sin titubear y varios sirvientes se acercan para pintarnos el cuerpo de rojo y dorado, los colores que representan la sangre y la riqueza.

—No debéis interferir con los demás corredores. Cada uno de vosotros corre por la gloria de Esparta. Si uno de vosotros entorpece a otro paladín, será considerado un acto de traición y será castigado por ello. —El rey emplea un tono tan frío e implacable como una espada de hierro, mientras nos mira uno por uno a los ojos—. El futuro de Esparta recae sobre vuestros hombros.

Menelao hace señas a un par de sirvientes, que traen un cojín enorme cubierto por una sábana de seda. Se me corta el aliento cuando retiran la sábana y aparece, centelleando bajo la luz de la hoguera, la *dory* más perfecta que he visto en mi vida.

—Si tenéis éxito, las recompensas serán copiosas.

La lanza tiene talladas con mucho esmero vides y hojas de laurel; el mango es de madera de cerezo, coronado por una punta de hierro en forma de hoja y con una base dorada en el otro extremo. Aunque no posee la longitud habitual de una *dory* —apenas es un poco más alta que yo—, esta lanza bañada por la luz de la luna fue adquirida en las tierras del sur por un precio considerable.

Me hincó las uñas en las palmas. Los espartanos no se dejan deslumbrar por armas bonitas, pero esta lanza es algo más. Es un regalo digno de un cazador, cuyo verdadero premio es traer buena fortuna para Esparta. No ganaré esta carrera por una simple lanza. La ganaré por el futuro de Esparta y por el mío propio.

—Corredores, a vuestros puestos. —Menelao alza el brazo derecho.

Me apresuro a alinearme con los demás corredores y estoy a punto de tropezar. Estoy tan impaciente que no puedo parar quieta mientras colocan el venado a diez pasos por delante de nosotros.

—Que las alas de Hermes impulsen vuestros pies.

Menelao baja el brazo y echo a correr a toda velocidad.



CAPÍTULO 3

Pongo rumbo al bosque Taigeto, surcando el terreno a una velocidad insólita. Cástor y Lykou me flanquean, sus largas piernas los impulsan cada vez más fuerte y más lejos con cada zancada. Los otros dos corredores se quedan rezagados, atontados por el vino e incapaces de seguir compitiendo. Mejor.

Tengo más que perder que todos ellos, pero también más que ganar. Las Carneas son territorio masculino, así que soy una aspirante indeseada.

El aliento que escapa de mis labios emite un sonido sibilante. Ya he atravesado la mitad del campo y me estoy acercando rápidamente a la linde del bosque. La comida del festival, que tan rica me supo, se agita en mi estómago. Mis músculos y pulmones, que ya aquejaban el desgaste de tanto jolgorio, se resienten mientras fuerzo mi cuerpo hasta el límite.

Por Esparta. Por mi familia. Por mi honor.

Lykou se adelanta, mientras que Cástor sigue avanzando a mi ritmo. Pero no tarda en adelantarme y me quedo mirando las espaldas de mis rivales mientras se alejan. Una hilera de cipreses se alza ante nosotros, señalando el comienzo del bosque Taigeto.

La oscura fila de árboles me recibe como si fuera una amiga. He dedicado muchos días y noches a cazar en las profundidades del Taigeto, así que conozco el bosque mejor que mis competidores. Pero debo alcanzarlo primero.

Un árbol caído señala el final del prado. Salto por encima y aprovecho el impulso para adelantar a Lykou y a Cástor. Me sumerjo entre los matorrales. Dejo atrás la luz de la hoguera y me adentro en la oscuridad.

Suelto un bufido cuando unas ramas me arañan los brazos. Las pisadas de Lykou y Cástor flaquean a medida que chocan y forcejean entre la impenetrable oscuridad, pero yo sigo adelante, impasible. Estos son mis dominios, mi santuario. Conozco este bosque mejor que nadie en Esparta. Continúo corriendo, mis oídos guían mi avance.

Con los músculos de las pantorrillas a pleno rendimiento para remontar la pendiente del bosque, prosigo la persecución. La arboleda deja paso a una pared rocosa que forma una barrera entre la ladera y las montañas.

Como si los dioses me guiaran, un haz de luz de luna ilumina la cola blanca del venado a mi derecha. Lo sigo, esquivando ramas y saltando sobre árboles caídos, con la mirada fija en mi presa. Me pego a la pared rocosa, lista para lanzarme sobre el cuerpo atlético del ciervo. Pero no tengo ocasión de hacerlo.

El venado sale disparado y apenas logro rozarle el costado. Patino sobre el terreno al cambiar de dirección, siguiendo de nuevo al ciervo hacia la arboleda. El animal se lanza entre los pimpollos y yo suelto un improperio con el aliento entrecortado.

El eco de unas pisadas indica que Lykou y Cástor se están acercando. Sigo al ciervo, sin tiempo para examinar este sendero desconocido antes de irrumpir en un valle recóndito.

Situado a pocos metros de distancia, el venado me observa con unos ojos demasiado perspicaces para tratarse de un animal silvestre. Es una mirada artera. Como si él no fuera la presa, sino el cazador. Entonces me fijo en el rayo de luna que se proyecta por detrás de él.

En mitad del valle se encuentra una joven hermosa con la guirnalda del ciervo en la mano.

—Hace mucho tiempo que quería conocerte, Dafne —dice Artemisa, la diosa de la caza.



CAPÍTULO 4

Cuando aún estaba en esa edad en la que puedes dedicarte a Creír y a jugar sin reparos, Ligeia me metía en la cama y me arropaba con cálidas pieles y sabias palabras. Tejía historias como si fuera una araña, donde cada palabra era un nuevo hilo que me atrapaba en una maraña de sueños y leyendas, de aventuras y destinos.

Mientras yo la contemplaba pasmada con los ojos muy abiertos, ella me hablaba de los tiempos en que las criaturas más temibles merodeaban por el mundo: grifos y Erinias, sirenas y krakens. Pero sobre todo me hablaba de los dioses, de sus desventuras y sus amantes, de sus leyendas cargadas de fechorías y heroicidades. Siempre con la advertencia de los mortales que salían malparados tras inmiscuirse en los asuntos de los olímpicos. Mis favoritas eran las historias de Artemisa, la virgen cazadora.

Su control sobre el bosque y los animales, el ejército de ninfas a su entera disposición, y la promesa que le arrancó a Zeus, el más poderoso de los dioses: jamás tendría que casarse.

Cuando aún no había cumplido cinco años, Ligeia me sorprendió en el cuarto de baño con una vasija llena de agua mezclada con arcilla y lodo, mientras intentaba teñirme el cabello de rubio para asemejarlo a los oscuros y lustrosos rizos de Artemisa. Me limpió las manos de barro antes de que a mi madre adoptiva le diera un síncope al ver las travesuras de su hija. Mientras me

lavaba el pelo, con sus callosas y cuidadosas manos, Ligeia me dijo que Artemisa se habría sentido decepcionada conmigo.

«Artemisa no pierde el tiempo con banalidades. No le importa la ropa, ni el cabello sedoso, ni las reglas de los mortales. Lo único que le preocupa es la libertad de las mujeres y las criaturas del bosque».

Mientras evoco esas palabras, contemplo la imagen de la diosa plantada frente a mí en mitad del valle. Es un enorme espacio abierto, un paraíso hermoso. Me reprendo mentalmente por no haberlo encontrado antes.

La luna se refleja en un pequeño estanque, brotan anémonas de la tierra, y una hilera de cedros se elevan hacia el cielo despejado. Bañados por la luz plateada de la luna, los árboles montan guardia alrededor del valle, como si fueran soldados protegiendo a su reina. Considerando las historias de Ligeia sobre las ninfas de los árboles y su inquebrantable lealtad hacia Artemisa, bien podrían serlo.

—Si has terminado de poner cara de pasmarote, tengo un mensaje importante para ti —dice Artemisa.

Dejo de contemplar este valle insólito y me giro hacia la diosa, que me observa con el destino de mi pueblo pendiente de su mano, y me arrodillo de inmediato en señal de respeto. Aún tengo el aliento entrecortado y la adrenalina por las nubes a causa de la carrera. Debería pegar la nariz al suelo para acentuar la reverencia, pero no puedo dejar de admirar la belleza sobrenatural de Artemisa. Pese a que tendrá mil años o más, su apariencia es la prueba palpable de su inmortalidad. Es tal y como siempre la había imaginado. Apenas un poco mayor que yo, en la flor de la vida, pero con ese gesto de fría arrogancia propio de los olímpicos. Lo que más me sorprende es la gelidez de su mirada. Siempre había supuesto que Artemisa sería la más indulgente de los dioses a la hora de tratar con mujeres mortales.

Con una sonrisa artera, que deja entrever cierta crueldad, deja la guirnalda colgando de un único dedo. Ni se me ocurre intentar cogerla, porque Artemisa está haciendo girar una flecha larga y dorada con la otra mano.

—Ya puedes levantarte —dice, mientras sigue girando la flecha. La fría punta metálica pasa cerca de mi rostro, acompañada de un sonido sibilante—. Si quieres la guirnalda, Dafne, ven a buscarla.

—Tú me has guiado hasta aquí.

No es una pregunta, y no me puedo creer que haya empleado ese tono tan directo con ella, pero Artemisa debe de tener un buen motivo para convocarme. Los dioses siempre tienen motivos para llevar a cabo sus artimañas.

—Un dios que agoniza es un dios peligroso.

También es habitual que los dioses respondan con acertijos y medias verdades.

Detesto los acertijos.

—Cabría pensar que todos los dioses son peligrosos para una simple mortal como yo —respondo, levantándome, pero con la cabeza ligeramente inclinada a modo de reverencia.

—¿Una simple mortal? ¿De verdad crees que le pediría ayuda a una cualquiera? —Artemisa ladea la cabeza mientras me observa.

Abro la boca para preguntarle qué quiere decir, pero ella hace girar la guirnalda y añade:

—¿Es esto lo que quieres? Si tanto lo deseas, puedo concederte cualquier cosa que me pidas, cosas mucho más valiosas que una ristra mugrienta de flores y hojas.

Artemisa alza la guirnalda, como si me retara a cogerla.

—¿Qué más podría querer?

Deseo muchas cosas, pero Artemisa no tiene por qué saberlo.

—¿No hay nada que quieras pedirle a una diosa? —Artemisa enarca las cejas—. Podría concederte riquezas, poder, excelencia y buena fortuna. —La diosa sonrío de medio lado—. Podría convertirlos a tus hermanos y a ti en auténticos espartanos. Tu gente olvidará haberos tachado alguna vez de motaces.

La posibilidad de encajar entre ellos. Se me corta el aliento. No dudo que Artemisa podría concederme ese deseo, así que

siento el impulso de arrodillarme de nuevo y rogarle que haga realidad mi anhelo más profundo. Pero me contengo.

Por poco.

—El Olimpo siempre exige algo a cambio —susurró—. ¿De qué se trata?

Artemisa suelta un largo suspiro.

—Mis poderes, y los de mi familia, se están debilitando. El Olimpo está atravesando su peor momento, el afecto y la veneración de los hombres cada vez escasean más. No tardaré en morir, mi familia también, y todas las dádivas que hemos concedido a los mortales desaparecerán como el polvo que cubre las rocas bajo una tormenta.

Tomo aliento y me muerdo el labio inferior. El oráculo dijo que las dioses estaban debilitados, pero jamás pensé que hasta este punto.

Artemisa se gira hacia los árboles y continúa:

—Necesito tu valentía... y tu lealtad incondicional.

Una silueta sombría emerge de entre los árboles, impulsada hacia el claro por las afiladas astas de un venado.

—Dafne.

Pirro cae de rodillas cuando lo alcanza la luz de la luna. Se me corta el aliento. Mi hermano tiene el rostro ensangrentado y amoratado, la ropa hecha jirones.

—Por favor —suplica, besando las sandalias y los pies de Artemisa—. Mi hermana no, ella jamás traicionaría tu confianza. Por favor, no le hagas daño. Castígame a mí. —Empieza a decir incoherencias, mientras solloza con el rostro pegado al suelo.

—¿Qué has hecho, Pirro? —No puede ni mirarme. Me doy la vuelta hacia Artemisa, horrorizada—. ¿Qué ha hecho?

—Espíarme. —Su cabello comienza a elevarse sobre sus hombros como un nubarrón de tormenta. Los árboles que rodean el valle se estremecen, azotados por un viento imperceptible. A lo lejos se oyen los chillidos de las aterrorizadas criaturas del bosque—. No solo una vez, sino dos. Como necio mortal que es, ha venido aquí esta noche para espíarme de nuevo.

—Deja en paz a mi hermana. Haré lo que sea. No lo volveré a hacer.

Las súplicas de Pirro se tornan frenéticas. Intenta tocar a Artemisa, aferrándose a su pálida pierna. Nunca había visto a mi hermano tan humillado, tan patético. Artemisa se zafa de él, con una mueca de aversión.

—Por favor —le ruego, dispuesta a tirarme al suelo al lado de Pirro para suplicar también—. Dime lo que debo hacer para librarlo de tu ira.

—Te necesito a ti. —Artemisa me señala, mientras sigue fulminando con la mirada al desconsolado Pirro—. Pero él no me sirve para nada.

La transformación no viene precedida por ninguna advertencia ni fanfarria dramática. Pirro está arrodillado a los pies de Artemisa y, de repente, en un visto y no visto, aparece un ciervo ante mis ojos.

—¡Pir! —grito, mientras corro hacia el venado de pelaje rojizo en que se ha convertido mi hermano.

Pirro corcovea como si así pudiera desprenderse de su apariencia animal. Artemisa observa la escena en silencio. Intento agarrarlo del pelaje. Mi hermano me repele, resoplando y zarandeándose. Esquivo por poco la embestida letal de su cornamenta, pego un grito cuando me derriba de un cabezazo y echo a rodar por la hierba.

—¿Pirro? Soy yo. Tienes que calmarte.

Intento acercarme a él otra vez, para agarrarlo del pelaje aunque solo sea un momento, pero él me empuja con el hombro. Aterrizo en el estanque, el impacto me deja sin aire en los pulmones.

—Me parece que a tu hermano no le entusiasma su nuevo aspecto. —Artemisa suelta una risita que suena como una fría llovizna de otoño—. A cada segundo que pasa, desaparece un fragmento de su humanidad, empezando por sus recuerdos.

Aprieto los puños y necesito hacer acopio de autocontrol para no golpear su inmaculado rostro. Un mortal imprudente es un mortal muerto.

—Di lo que quieras a cambio de la vida de mi hermano.

—Debes abandonar Esparta.

Convertirme en una traidora y deshonorar a mi familia. Se me encoge el estómago.

—Lo que sea menos eso.

Artemisa traza un círculo a mi alrededor, con pasos sibilantes, mientras hace girar la flecha dorada entre sus dedos largos y gráciles. Los pensamientos sobre mi familia quedan en segundo plano mientras hace girar la flecha ante mi nariz. El proyectil irradia energía en forma de oleadas de calor y volutas de humo.

—Esto fue un regalo de mi tío Hefesto el día anterior a su boda con Afrodita, un objeto de lo más intrigante. Tengo curiosidad por ver qué tal funciona.

Antes de que pueda siquiera parpadear, Artemisa se gira y me desliza la punta de la flecha por el pecho, a la altura de mi alborotado corazón. La flecha, más larga que mi brazo y más afilada de lo que sería humanamente posible, me desgarrar la piel. Se me escapa un grito al sentir un calor abrasador que me envuelve el pecho y se extiende por mis extremidades, dejándome inmobilizada durante un instante. Artemisa se aparta. Mi sangre gotea del proyectil.

Es una advertencia. Si sigo poniendo a prueba su paciencia, mi sangre no será lo único que manchará esa flecha.

Artemisa se acerca y me quita todas las hojas y ramitas que tengo en el pelo. Ignora la rabia que me consume, mientras inspiro hondo para tratar de serenarme.

—Le devolveré a tu hermano su apariencia normal —me susurra al oído mientras me quita una hoja mojada del pelo—, pero solo si ayudas a mi familia. A mi padre le han robado algo muy preciado. No sé quién fue ni cómo lo hizo, pero, si no lo recuperamos, los poderes del Olimpo se desvanecerán. Sin nuestro poder, los cultivos de Esparta se echarán a perder, los humanos se debilitarán y los ejércitos de Grecia serán arrasados por unas fuerzas que escapan a tu comprensión. Necesito que halles las respuestas que a mi familia se le escapan. Solo hay un individuo

que podría saber dónde han sido escondidos esos poderes y quién los robó, pero se niega a responder a cualquiera que venga del Olimpo.

Artemisa me mira de arriba abajo.

—Solo hablará con alguien lo bastante valiente, necio o desesperado como para ir a buscarlo.

Pirro está mordisqueando unas flores y, al verlo atrapado en ese cuerpo, me embarga la ira. Artemisa me ha arrebatado a mi hermano, los dioses me arrebataron a mi madre, y ahora quieren arrebatarme Esparta. La familia de Artemisa mató a mi madre, a mi verdadera madre, antes de que tuviera ocasión de conocerla.

Mi rostro ha debido delatar mis emociones. Artemisa vuelve a girar la flecha, demasiado rápido para los reflejos de cualquier mortal, y me desgarrá el tejido del quitón hasta llegar a mi estómago.

—No des por hecho que me dan igual tus problemas y los de tu familia. Que no sé cómo murió tu madre o lo que ocurrió para que terminaras recalando en Esparta —masculla Artemisa. Profiero un grito ahogado cuando hinca la flecha un poco más en mi abdomen—. Esto solo es una garantía para que no nos traiciones ni a mi familia ni a mí.

Mi sangre empieza a brotar, se mezcla con el tinte carmesí del quitón mientras una llamarada ardiente se extiende por mi vientre. Artemisa extrae la flecha y yo me tambaleo hacia atrás, hacia la orilla del estanque, mientras me llevo las manos al ombligo para contener la hemorragia. Pero cuando las miro están limpias. Me palpo el estómago, resollando, en busca de la fuente del dolor.

Tengo el vientre surcado por una sólida franja dorada que centellea bajo la luz de la luna. Tiene un tacto robusto. Con cuidado, deslizo un dedo tembloroso a lo largo de ella. Bajo el ligero roce de mis manos, la franja dorada ondula y se expande, se desliza por mi piel como si fuera una serpiente dorada.

—¿Qué has hecho? —pregunto con un hilo de voz, tan trémula como mis manos.

—Ahora llevas mi marca —responde Artemisa, que vuelve a alzar la flecha.

Doy un paso atrás por acto reflejo y me hundo hasta el tobillo en el estanque. Artemisa avanza, me hace retroceder hasta que el agua me llega por la cintura.

—La maldición de Midas te envolverá, te someterá y te vinculará a mí. La franja dorada puede extenderse hasta los dedos de tus pies, moldeándote hasta convertirte en una herramienta que pueda empuñar a mi antojo. Si te burlas de mí, la franja dorada ascenderá hasta tu cuello, reprimiendo cualquier insolencia antes de que puedas pronunciarla. Si osas traicionarme a mí o a mi familia, la franja envolverá tu corazón y la sangre dejará de correr por tus venas.

Sus palabras resuenan en el ambiente. Percibo, con tanta claridad como si fuera el roce de unos dedos, la franja dorada que se extiende sobre mi piel. Una advertencia permanente por si alguna vez olvido que los dioses me controlan.

—Recuerda —añade Artemisa, con una sonrisa maliciosa—: un dios que agoniza es un dios peligroso.

—Eso ya lo has dicho —replico, roja de ira.

Esta diosa le ha arrebatado a mi familia la oportunidad de recuperar su honor, me ha arrebatado a mi hermano y ahora me ha marcado como si fuera una esclava. El respeto que antes sentía por ella ha quedado reemplazado por un desprecio vehemente. Pero, por el bien de mi hermano —y por el de mis país—, accederé a su juego.

—¿Qué quieres que haga?

La maldición deja de expandirse por mi piel, se detiene por encima de mi pecho a la espera de nuevas órdenes. Pero Artemisa no le da ninguna. En vez de eso, dice:

—Ayúdanos y recuperarás a tu hermano. Averigua dónde han sido escondidos los poderes del Olimpo y retiraré la maldición de tu cuerpo. Si el Olimpo cae, la franja dorada que recorre tu cuerpo te consumirá y no quedará nadie para salvar a tu pobre hermano.

Artemisa desliza un dedo bajo mi ropa y entre mis pechos hasta detenerse sobre la franja dorada que se agolpa sobre mi corazón. El movimiento incesante de la maldición me produce un cosquilleo en la piel es un recordatorio implacable del control que ejerce la diosa.

Si muero, Pirro será el siguiente, y ninguna vida ulterior en el inframundo evitaría el dolor que sentiría si fuera la causante de su deceso. Discutir toda la noche con Artemisa no me granjeará la libertad de mi hermano. Solo la obtendré si coopero.

—Los espartanos aguardan con nerviosismo el resultado de la cacería —prosigue Artemisa—. Ve a reclamar el premio de las Carneas. Nadie debe saber del poder menguante del Olimpo ni la tarea que te he encomendado. —Tras arrojar la guirnalda al agua, cerca de mí, Artemisa se aleja en dirección a la maraña de árboles que nos rodean—. Mi hermano te esperará a las afueras de la ciudad, será tu escolta y protector. Antes de que me digas que no necesitas ayuda, debes saber que iré contigo tanto si te gusta como si no. Apolo ha sido el blanco de las iras de nuestro padre durante mucho tiempo, así que este viaje allanará el camino hacia su reconciliación.

Artemisa se da la vuelta para marcharse, dando por concluido el encuentro, una vez asegurada mi participación en su gesta. Pirro sigue a la diosa sin rechistar.

—¿Qué pasa con mi hermano? —inquiero—. ¿Lo soltarás por el bosque y podrán cazarlo como si fuera un animal silvestre?

—Tienes hasta la luna de cosecha, joven Dafne, para cumplir con tu deber hacia mí. Hasta entonces, tu hermano estará a salvo —responde la diosa, mientras su silueta se va desvaneciendo. Sus últimas palabras resuenan como un susurro traído por el viento que sopla entre los árboles—: Pasado ese día, no puedo prometerte nada.

El repentino silencio que deja la marcha de Artemisa me envuelve, mientras me pongo a pensar otra vez en las historias de Ligeia. Siempre decía que los dioses son justos y crueles, temidos y venerados. Su labor fundamental es mantener ese equilibrio sobre los mortales.

Temiendo por la vida de mi hermano —y por la mía propia, que ha quedado a merced de una maldición dorada—, me estremezco con el corazón acelerado y caigo en la cuenta de que los dioses también nos tienen miedo.

Los dioses son justos y crueles, temidos y venerados. Ligeia insiste en que los dioses son tan despiadados porque nos aman, asegura que solo quieren lo mejor para nosotros. Yo creo que lo que ocurre es que nos tienen envidia. Jamás conocerán la belleza de ver transcurrir el día y saber que bien podría ser el último. Jamás experimentarán el regusto amargo del miedo cuando anega tus sentidos, ni la sensación agridulce del dolor.

También nos temen porque saben que los latigazos en la espalda se curan con el tiempo y que tarde o temprano dejaremos de postrarnos ante ellos.

OTROS TÍTULOS DE
FANDOM BOOKS

Nací para esto
Alice Oseman

Sin amor
Alice Oseman

La memoria del errante
Alba Quintas Garcíandia

Todos hablan de ella
L. E. Flynn

Tres
Haizea M. Zubietta

Stay Gold
Tobly McSmith

El amor y otras maldiciones
Sandhya Menon

Cenicienta ha muerto
Kalyann Bayron
Fábulas feroces
Nikita Gill

Llama al halcón
Maggie Stiefvater

Una sombra latente
Katharyn Blair

Somos seres alados

Michelle Ruiz Keil

Like. Azul

Gemma Pasqual i Escrivà

Estrella de mar

Akemi Dawn Bowman

Reinas geek

Jen Wilde

Los niños de Willesden Lane

Mona Golabek y Lee Cohen

Virtuales

Sarvenaz Tash

Internamiento

Samira Ahmed

Tras las llamas

Will Hill

ESPARTA LA CONVIRTIÓ EN UNA GUERRERA LETAL. ¡AHORA LOS DIOS LA NECESITAN PARA SALVAR EL MUNDO!

Dafne tiene diecisiete años y se ha pasado la vida ejercitando su cuerpo y su mente para convertirse en una guerrera, con la esperanza de ser aceptada por los severos habitantes de la antigua Esparta. Pero un encuentro inesperado con la diosa Artemisa dará un vuelco a esa vida que tanto se ha afanado por construir. Nueve objetos misteriosos han sido sustraídos del monte Olimpo y, si Dafne no logra encontrarlos, los manguantes poderes de los dioses se desvanecerán, el mundo mortal se sumirá en el caos y su hermano perderá la vida.

Guiada por el hermoso y arrogante dios Apolo, Dafne emprenderá un viaje que la conducirá desde el laberinto del Minotauro hasta la enigmática Esfinge de Tebas, donde se unirá a leyendas mitológicas tales como Teseo y la amazona Hipólita, en una gesta que la llevará a enfrentarse con los mismísimos dioses.

«Una ingeniosa vuelta de tuerca a la mitología griega.
Una aventura repleta de acción con una prosa estupenda
y personajes femeninos empoderados».

Adalyn Grace, autora de *El trono de las siete islas*



FANDOM BOOKS
www.fandombooks.es